



PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
 25 > extraordinarios... > 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
 PROVINCIAS: > > 3
 EXTRANJERO: año... > 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
 Extraordinario... > 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. —**§**— A toda suscripción acompáñese el importe en libranza ó sellos.

Curiosidades de antaño.

V

En los artículos precedentes he hablado casi exclusivamente de hechos referentes á lidiadores de toros, dejando para mejor ocasión ocuparme de la cantidad y calidad de las reses que se corrían en los benditos tiempos del «toreo verdad», que es lo que voy á hacer ahora.

No quiero remontarme á la época de los «clásicos»; quiero decir, á lo que hemos dado en llamar edad de oro, ó poco menos, de la tauromaquia, que llenaron con sus nombres inmortales Pedro Romero, Costillares y el infortunado Pepe Illo.

Catorce toros se corrían entonces: seis por la mañana y ocho por la tarde, y no era cosa que llamara la atención ni redundase en menoscabo de la fama de aquellos ilustres lidiadores, la circunstancia de que se amenizasen muchas corridas enteras con mojigangas y funciones de titeres.

Ignoro la fecha en que se suprimió definitivamente la corrida de la mañana, y se llamó, por lo tanto, «media corrida» á la que se celebró por la tarde.

Lo que sí es cierto, es que la costumbre de correr por la tarde ocho toros subsistió durante mucho tiempo, tanto en la Plaza de la corte como en las de provincias, puesto que el *Diario de Madrid* se quejaba amargamente de que una Empresa bartolina del año de gracia de 1846, hubiese reducido á seis el número de toros lidiados en las corridas de abono de aquel año.

En efecto; en las siete corridas que se celebraron desde el lunes 13 de Abril de 1846 hasta el lunes 25 de Mayo inclusive, se lidiaron seis toros en cada una; pero alguna presión debieron ejercer en el ánimo de la Empresa las censuras del revistero (Manrique) del *Diario de Madrid*, cuando á partir del 1.º de Junio hasta el 15 inclusive, se volvió á restablecer la costumbre de correrse ocho toros.

Después reina una completa anarquía, puesto que tan pronto se dan corridas de ocho como de seis; pero obsérvese desde luego que el último número predomina, y ya en 1850 queda adoptado definitivamente, aumentándose á ocho para casos extraordinarios.

Esto con respecto á la cantidad, que tocante á la calidad de las reses que se corrían entonces, hay que confesar que, generalmente, era con mucho superior á la que ostentan los bichos que se lidian actualmente.

No se crea, sin embargo, que todo el monte era orégano, quiero decir, que los cornúpetos de entonces eran todos ideales. Nada de eso; había también

«chotos», y no era raro leer en los periódicos del tiempo aleluyas como esta:

«¡Vaya unos toros bonitos!
 ¿Eran toros ó cabritos?»

que insertaba un diario madrileño tratando de la corrida celebrada el 12 de Mayo de 1851, en la cual se lidiaron ¡toros de Aleas!, estoqueados por Lavi y Cayetano Sanz.

Pero, lo repito; en general no admitían comparación, como peso, bravura y poder, con los que hoy hacen nuestras delicias. De las causas no he de hablar porque están al alcance de todos, dado el número de Plazas que hoy existe, y la industrialidad de los señores ganaderos. Punto en boca y adelante.

Podría citar numerosísimos toros que en Madrid y en provincias — más en provincias que en Madrid — dejaron nombre glorioso, y llenaron de lustre y esplendor á los dueños de las respectivas ganaderías. Me concretaré á reseñar las hazañas de algunos muy notables, cogidos al azar, tanto en *El Toreo* de Sánchez de Neira, como en publicaciones periódicas andaluzas.

* * *

Sánchez de Neira hace mención de *Medialuna*, toro de la ganadería de D. Anastasio Martín — de quien me ocuparé más tarde — el cual toro, lidiado en el Puerto de Santa María en la tarde del 24 de Junio de 1853, mató siete caballos y dió al famoso picador Carlos Puerto una gran cornada que le ocasionó la muerte. Sin duda hay aquí una errata de imprenta, fácilmente excusable, en el año citado por Neira, que es el de 1853. Carlos Puerto recibió, en efecto, en la Plaza del Puerto de Santa María el día 24 de Junio de 1852, una terrible cornada en la ingle derecha que le infirió el toro *Medialuna*, de Anastasio Martín, según puede verse en un elegante folleto de 32 páginas titulado *Carlos Puerto*, impreso en 1852 en Cádiz, y que contiene, además del retrato del famoso picador y de un dibujo representando la cogida, una biografía de Puerto, y varias poesías dedicadas á su memoria. Puerto murió á los seis días de haber sufrido la cogida, producida por un acto inconcebible del Presidente, D. Martín Foronda.

En la corrida celebrada el año 1853, el 10 de Agosto, en la Plaza de Cádiz, hubo un toro célebre que justificó con creces su nombre.

Llamábase *Matajaca*, de Enriles, se corrió en sétimo lugar, aguantó treinta y cinco puyazos, mató nueve caballos, «y hubiera matado noventa — dice el periódico gaditano del cual tomo la noticia — si se los hubieran echado; y entró á todas las suertes de capa que le hizo Cayetano, como si ningún castigo hubiese recibido.»

El entusiasmo que el animalito despertó en el públi-

co, pueden imaginárselo los lectores, pero quizá no crea que tomara las proporciones siguientes:

«El Presidente ordenó, con aplauso estrepitoso del público, que las dos bandas de música rompieran con la Marcha Real, y en medio del estrépito unánime del público, de la música, de la confusión, de los asendereados picadores y de la rebujina consiguiente de los de cuadra que echaban fuera caballos hasta sin ensillar, se pidió que se indultara al magnífico *Matajaca*, y fué indultado; cosa en que no estamos conformes, porque además de ser esto sin efecto, en razón de que los matan generalmente después, se pierde mucho tiempo en el encierro. En el del bicho en cuestión, se invirtió una hora.»

¡Un toro á quien tocan la Marcha Real por haber matado nueve caballos! ¡Un bicho á quien hacen honores regios por haber sembrado en la Plaza el espanto y la destrucción! ¡Una res á quien perdonan la vida por haber sembrado la muerte!...

¡Oh Ferreras! ¡Oh Moret! Afortunadamente no existía entonces *El Correo* actual, ni los yankees se fijaban en nosotros. Prosigamos.

El toro *Guareño* de la ganadería de Adalid, lidiado en el Coso de Jerez el 15 de Agosto de 1857, tomó veintisiete varas, mató doce caballos y murió desangrado entre éstos, honrando su casta, según dice Sánchez de Neira en su antes citada obra.

También cita á *Fontela*, del Duque de Veragua, corrido en Madrid el 29 de Setiembre de 1845, y que, en veintitrés varas, mató siete caballos y murió tan noble como salió.

Marismeño, de Muruve, aguantó nada menos que cincuenta y una varas, y mató cuatro caballos en la Plaza de Ronda, corrida del 21 de Mayo de 1864, «causando su bravura tal entusiasmo — dice Sánchez de Neira — que el público pidió, y así se hizo, que la cabeza de tan hermoso animal se pasease en triunfo por el redondel, tocando la música y resonando largo rato los aplausos.»

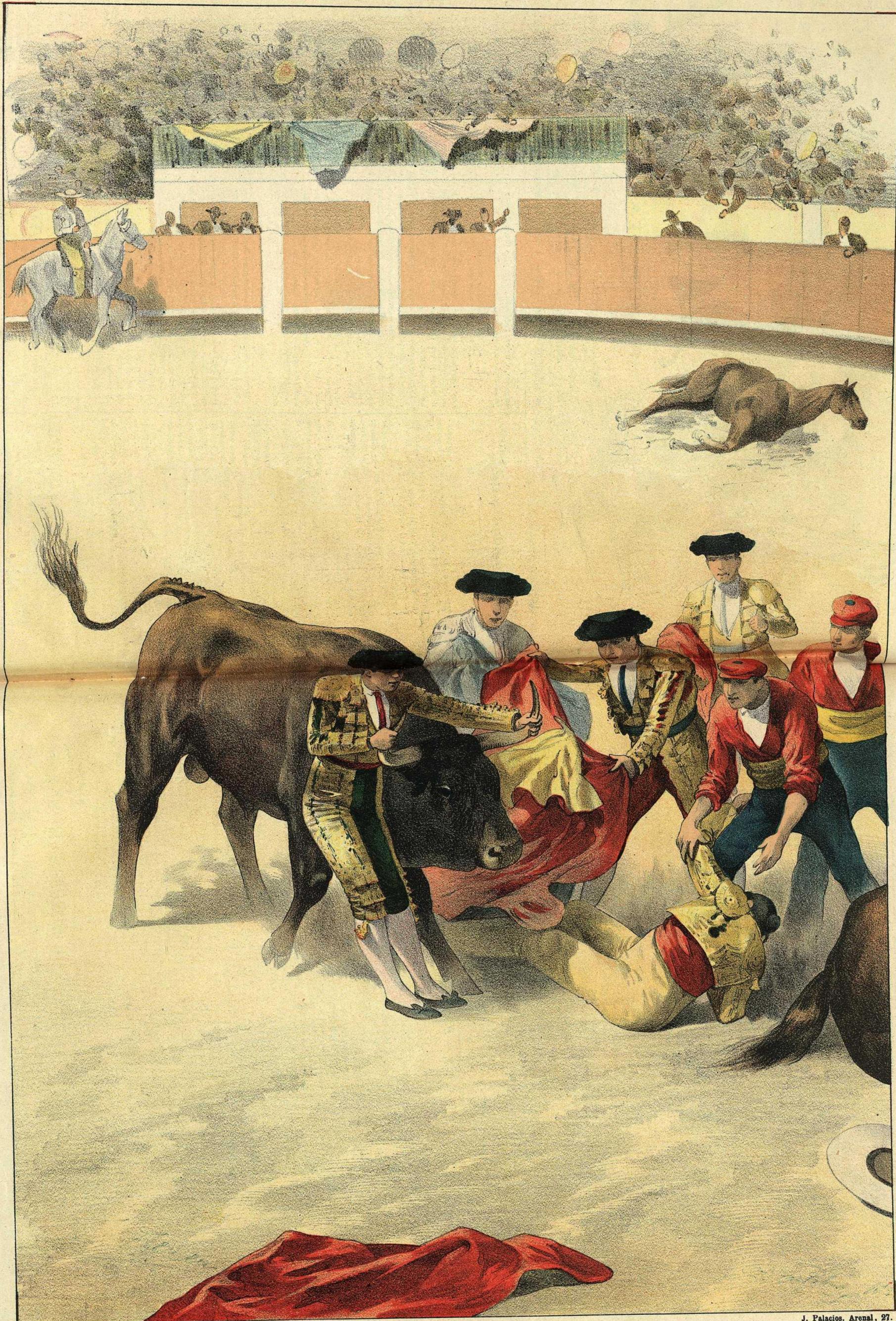
Famosísimo es el toro *Pajarito* lidiado en Málaga el 16 de Agosto de 1840. Pertenecía á la vacada de Saavedra; mató seis caballos, arrojándolos como peles, así como á los picadores, al callejón de la barrera, y se apoderó en absoluto de todos los toreros.

Montes no se anduvo en chiquitas cuando sonó la hora de matar, en medio de un tumulto espantoso y de una lluvia de trastos que cubrió el redondel, porque el público pedía picadores y caballos. D. Francisco se fué á *Pajarito* y lo tumbó de un golleteo á la media vuelta, sin haberlo tanteado siquiera, porque la situación no permitía dibujos.

Ahí va otro *chotito* superior, de cuyas hazañas dejo toda responsabilidad al amigo Neira:

«Tres picos, toro de la ganadería de Concha y Sierra, que se lidió en Sevilla en el año de 1846, teniendo

LA LIDIA



sólo cuatro años y pesando ya más de veinte arrobas. Despachó para la enfermería nueve picadores y un banderillero; mató diez caballos, únicos que salieron al redondel, y fué estoqueado por Juan Martín, *la Santera*.

Supongo que después de la muerte de este toro se acabaría la corrida. ¿No les parece á ustedes lo mismo?

Lo que acaba aquí es este escrito, que va siendo ya demasiado rancio, y aún me falta otro tanto para relatar proezas torunas. Quédese, pues, para el próximo artículo.

DON JERÓNIMO

NUESTRO DIBUJO

Un quite arriesgado.

UNA de las condiciones más hermosas y edificantes que destacan entre las que forman el conjunto de nuestra grandiosa é interesante fiesta española, es la actividad y el estímulo en acudir, no sólo adonde existe el peligro, sino adonde se sospecha siquiera que pueda existir. En esto, lleva ventaja á todos los espectáculos de su clase, pues contando de antemano con las contingencias de exposición y daño que le son inherentes, prevée los contratiempos que lleva aparejada la lucha con una fiera, por más que esta sea de nobleza excepcional entre las de su instinto, y procura evitarlos ó contrarrestarlos.

Toda prevención, toda animosidad, toda envidia, cualidades desarrolladas entre los lidiadores hasta un extremo inverosímil, y cuya transcendencia no puede calcularse sino estudiándolos de cerca, se contiene y se embota ante la necesidad de la común defensa contra un enemigo de mayor empuje; y como en tan críticos momentos el corazón español sacude cuantas películas le empañan y rompe cuantas ligaduras pasionales le sujetan, se sale del pecho en toda su valerosa desnudez y en su indomable impulso, corre en auxilio de lo que en apuro se halla, y riñe el combate en pro de la parte que considera débil y expuesta á lamentable descalabro.

Por muy envilecido que se encuentre el organismo de un ibero, por muy emponzoñada y podrida que lata la víscera indispensable de la vitalidad hispana, conservará siempre esos arranques que la hicieron en otros tiempos avasallar á la humanidad, y en los actuales moñarse y quedarse con los potentados y los colosos. Es la levadura del carácter de don Quijote, inyectada en la sangre de nuestras venas, que nos impulsa á convertirnos en eterno paladín de la justicia y de la desgracia.

Defender una causa y triunfar en una lucha, ha sido constantemente nuestro ideal; y si aquella es justa y humanitaria, inútil es recordar el empeño y el tesón con que la disputamos. Por eso, bajo este punto de vista, lo más interesante seguramente de la fiesta taurina, es la primera parte ó suerte de pica, donde los peligros latentes durante todo el espectáculo, se multiplican y agravan con relación á las demás de que se compone.

La conformidad del primer tercio, hace que contra lo que acontece en los demás, el lidiador esté á merced ó cargo de sus compañeros. La impedimenta que lleva consigo un picador, consistente en los hierros, que á modo de armadura protegen algunas partes de su cuerpo; la consistencia de las prendas que embarazan la libertad de movimientos que requiere toda lucha encomendada principalmente á la agilidad, y el contacto más inmediato que tiene con la fiera, obligado á contener su impetuosa acometida, verdaderamente formidable en algunos casos, le imposibilitan para su propia conservación ó defensa, teniendo por consiguiente, que encargarse de ésta los demás toreros de á pie, singularmente los jefes de cuadrilla, que con su práctica y procedimientos oportunos, libran al jinete, ya que no puedan muchas veces al caballo, de un seguro desaguado, de que él mismo no se podría evadir.

He aquí explicado el por qué de esos esfuerzos, de ese verdadero pujilato que durante la suerte de varas se entabla entre los matadores al hacer los quites y sacar los toros del sitio en que amenazan al picador. Esfuerzo ó pujilato que obedece á dos motivos igualmente honrosos para el torero que lo ejecuta: primero, al impulso humanitario de acudir en socorro del que se halla en peligro, y segundo, á la emulación satisfactoria de ver su mayor decisión ú oportunidad premiada con el seguro aplauso de la concurrencia.

Ya en este terreno, los diestros no se paran á considerar las consecuencias que puede originar una obcecación, una imprudencia ó una genialidad. El asunto queda reducido al que más pueda, y de aquí que cuando un bicho no quiere buenamente abandonar su presa, y existe emulación entre los matadores, un quite se convierta con frecuencia en una pugna de temeridad. Algunos de este género han sido de fatales consecuencias para los espadas; pues enardecidos con el afán de la competencia en salvar al picador en peligro, han ido más allá de donde debían, encontrándose ellos mismos la cornada que trataban de evitar.

El caso es que los diestros, en un exceso de compañerismo y de amor propio digno de loa, ya no se contentan con colear los toros en las ocasiones en que se hace necesario, y sacarlos con el capote, sino que, cuando el piquero se encuentra comprometido, ó el toro recarga ó es pegajoso, prescinden del percal y disputan la presa á fuerza de puños, luchando con la fiera á brazo partido, dando margen ya en estas situaciones á los quites temerarios ó arriesgados.

De estos se recuerdan en los últimos tiempos, entre los aficionados, uno famoso que hizo Reverte tres ó cuatro años atrás, en la Plaza de Badajoz, á su picador Charpa, colgándose materialmente á los pitones de la res, con la exposición consiguiente; y al que se refiere nuestro dibujo de este número, combinado por el excepcional dibujante Daniel Perea, y efectuado en nuestro Circo recientemente.

Fué en la corrida del 29 de Junio último, en la que Minuto y Faico lidiaron toros de la ganadería de Veragua. El sexto, de nombre *Papelero*, negro bragado y de buena lámi-

na, salió con mucho poder, arrimando á los picadores tremendos porrazos cada vez que entraba en suerte. En una de las varas que le puso Melones (el segundo ó tercero de su nombre, porque ahora los toreros van por dinastías), ó sea Francisco Codes, el torillo se revolvió sobre el piquero, enganchándole por los calzones y suspendiéndole; al verle en peligro, acudiendo los matadores y la cuadrilla, se entabló la lucha con la fiera, agarrándose aquellos á los cuernos y arrebatándole la presa, sujetándole hasta poner en salvo al picador, y dando ocasión á un cuadro tan movido y animado como lo reproduce el cromó, al cual pusieron digno y correspondiente marco los aplaudidos espadas al rematar la suerte, arrodillándose delante de la res.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO,

DOS ÉPOCAS

I

¡Morituri te salutant!

Allí se encuentra Roma, la esclava envilecida, la impura cortesana, la Venus sin pudor.

De siervos y señores la turba embrutecida invade el ancho circo, donde á perder la vida se apresta el gladiador.

Doncellas candorosas, radiantes de belleza, que ven indiferentes la lucha fraternal; matronas incitantes, de artística cabeza; mancebos sensuales, macizos de vileza; la *scortum*, la vestal...

Las turbas hacen salva. Preséntase el tirano y ocupa, altivo y frío, su trono de marfil. Y empieza el espectáculo cruento é inhumano, que el pueblo-rey aplaude con un delirio insano, á toda gracia hostil.

La carne cruje, abierta por el impío acero, que busca persistente de vida el manantial. Contesta á cada golpe un golpe más certero, y brota un mar de sangre, que dá impulso á aquel fiero combate sin igual.

Un hombre yace en tierra... ¡No hay gracia! Indiferentes presencian las vestales la lucha... ¡No hay cuartel! Y un último «¡Ave, César!» murmura allá entre dientes, y espira entre el escarnio de aquellos inclementes ¡que valen menos que él!

II

¡Brindo por usía!

El público se agita, frenético, impaciente, borracho de emociones, de vida y de calor... Suena el clarín, y al palco que ocupa el Presidente, plegada la muleta, sereno, alta la frente, se acerca el matador.

¡Silencio en el tendido! ¿Qué dice? ¿Qué agonía! ¿No se oye! ¡Más silencio! ¡Que calle ese animal! Y al fin puede escucharse un: ¡Brindo por usía, y por las buenas mozas que tiene Andalucía, la tierra de la sal!

¡Olé tu marecita!... ¡Qué bulla, qué mareo! La Plaza sufre apenas tan infernal vaivén... ¡Le coge!... ¡No le coge!... Y fija en el trasteo, la gente da al espada valor, con el deseo de que termine bien.

En tanto, el diestro lucha impávido en la arena, y la ocasión precisa espera para herir; hasta que al fin, juzgando ya inútil la faena, se cuadra, cita al bicho, señálale una buena, le mata... y ¡á vivir!

EDUARDO DE BUSTAMANTE.

Notas sueltas.

¡Vean ustedes lo que son las cosas!

Al final de la temporada anterior, mis queridos compañeros los periodistas taurómacos de impresión, armaron un *jaleo* de todos los diablos, perdiendo un tiempo precioso en llenar columnas y más columnas, y en machacar sobre aquello de las alternativas, asunto debatido hasta la saciedad, y al que los mismos diestros que originaron la discusión, pusieron en el terreno más ridículo que pueda imaginarse á los pocos días.

Pues bien; en los actuales momentos hay un asunto taurino de tanta ó más importancia que el de las alternativas, como es el de la *mistificación* del espectáculo taurómaco que está llevando á cabo la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, y esta es la hora en que ninguno de mis compañeros impresionistas ha dicho *esta boca es mía*. Y una de dos: ó mis queridos compañeros consideran la cosa tan baladí ó sin importancia, que no merezca la pena de preocupar sus brillantes imaginaciones, ó han elevado al *ambo andaluz* á la

categoría de *papa*, juzgando infalibles sus determinaciones; ó hay motivo á suponer, como tercer dilema, que tienen *tapada la boca*, y en ese caso, *boca abajo todo el mundo*.

Sin embargo, convendría dilucidar este extremo y saber á qué palo tiene uno que quedarse en la materia, fijando de una manera terminante y segura la línea divisoria entre las corridas de toros y las novilladas. Porque eso de que por el capricho de una Empresa, que parece sucesora directa de la tribu de Judá, se arme ese *pisto* de puntas, elevando ganado de desecho á la altura de ganado de lidia, y tolerando que espadas de cartel toreen novilladas sin perder la alter-

ni puede probarnos nada ni se debe tolerar.

¡Conque, vayan tomando la palabra mis queridos compañeros, y á ver de qué modo se las apañan para que cada cosa quede en su lugar!

De este género mistificante ó mistificado, fué la corrida que se dió ó perpetró en nuestro Circo el domingo 9, en la que entraron como elementos seis reses de la antigua ganadería de Salas (con letras grandes), hoy de la propiedad de D. Víctor Biencinto (con letras pequeñas ¡por si acaso!), y los matadores de cartel Gabriel López (Mateito) y José Rodríguez (Pepete).

El ganado, como es cosa corriente, traía sus defectos; pero el mayor y más capital de todos, fué el de ser manso borriquero. Dificilmente se presentarán seis animalitos de tan bonita lámina, más finos de pelo, más limpios, más ajustaditos y cortitos de pitones; pero también es difícil que se encuentren seis animalitos más temerosos para el castigo, y más sosos para los dos últimos tercios de la lidia. Pero sosos á secas y sin malicia ni intención alguna, hasta el punto de que, si hubiesen caído en manos de otros lidiadores, quizás hubieran sacado algún partido de ellos. Los dos primeros fueron fogueados consecutivamente, y no faltó mucho para que lo fueran los demás. En fin, como ganadero,

juzgo que el señor Biencinto, ni con tiente ni sin tiente, llegará, según mi cuenta, á ser ningún Carlos quinto ni siquiera Carlos treinta.

Y en este concepto, séale el *fiasco* leve.

Gabriel López (Mateito), que fué en su tiempo un discreto banderillero, de cuya categoría no debía haber salido nunca y hubiera comido con los toros, es, como matador, una verdadera desdicha. Entre ponerse en mal lugar en una corrida que torea como de limosna y dedicarse á otros negocios, la elección no es dudosa. Para matar toros no basta solamente la voluntad por muy grande que sea; es preciso, además, corazón y facultades. Así sucedió lo previsto por los que entienden algo de estas cosas: que el toro tercero no pudo matarle, teniendo que salir los cabestros y retirarle al corral, á pesar de que los banderilleros, con un exceso de celo, digno de un multazo, lo retiraron todo el tiempo posible para que pudiera atravesarlo, pero ¡ni por esas!; que en el quinto sacó fuerzas de flaqueza para borrar un poco aquella impresión, sin que en todo lo que hizo se viese más que una voluntad plausible, y que sólo demostró algo de lo que había representado en sus tiempos en las banderillas que clavó al último. En su consecuencia, creemos que Mateito obraría acertadamente, jubilándose por imposibilidad física notoria. ¡Oh! mis paisanos, los toreros madrileños!...

José Rodríguez (Pepete) es otro ejemplo de fallecimiento moral en el toreo. Aquel novillero valiente y decidido, que se torea cuarenta corridas al año, tumbando los toros de una sola estocada, ha desaparecido; el matador, que en los primeros años de alternativa *atracaba* todavía, ha pasado al estado de recuerdo. El Pepete de hoy parece que tiene hormiguillo en los pies cuando se coloca delante de los toros; se cuarteja, echa fuera de la suerte y hasta vuelve la cara al meter el estoque, y pincha tanto como pudiera el último principiante á quien la fortuna no le deparara los blandos. Nada, absolutamente nada de lo que antes poseía salió á relucir, ni por casualidad siquiera, en dicha corrida. De modo que otro menos...

Con aquel cantar bonito de Albacete:

saca y mete, saca y mete,
nos aburrió el Mateito
y nos reventó el Pepete.

De lo demás, *ná*; y la entrada regular.

Pasado mañana Miércoles se verificará en la Plaza de Toros de Toledo la corrida que anunciamos hace tiempo, y en la que las cuadrillas de Reverte y Bombita lidiarán seis toros de la ganadería del Duque de Veragua.

La proximidad á la corte y el haber dispuesto la compañía de los ferrocarriles para ese día trenes de recreo con billetes de ida y vuelta á precios económicos, dará indudable animación á esta fiesta.

Y como además concedo que el cartel es excelente, presumo que mucha gente de Madrid irá á Toledo.

DON CANDIDO

ESTABLECIMIENTO TIPO - LITOGRAFICO

DE

JULIAN PALACIOS

CALLE DEL ARENAL, 27. — MADRID

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de toda clase de trabajos artísticos y comerciales.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27. — Madrid.